

FRANCISCO J. MORENO DÍAZ DEL CAMPO

**LA VIDA AL POR MENOR**  
**CULTURA MATERIAL**  
**DE MORISCOS Y CRISTIANOS VIEJOS**  
**EN LA CASTILLA DEL SIGLO XVI**



BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MORISCOS



La vida al por menor  
Cultura material  
de moriscos y cristianos viejos  
en la Castilla del siglo XVI

DIRECCIÓN

ANTONIO JIMÉNEZ ESTRELLA (Universidad de Granada)  
MANUEL LOMAS CORTÉS (Universitat de València)  
ALBERTO MONTANER FRUTOS (Universidad de Zaragoza)

CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL

Francisco Andújar Castillo, Universidad de Almería  
Margarita Birriel Salcedo, Universidad de Granada  
Nuria de Castilla, École Pratique des Hautes Études (EPHE)  
María José Cervera Frás, Universidad de Zaragoza  
Rafael Mauricio Pérez García, Universidad de Sevilla  
Bernard Vincent, L'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)

La vida al por menor  
Cultura material  
de moriscos y cristianos viejos  
en la Castilla del siglo XVI

---

*Francisco J. Moreno Díaz del Campo*

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA  
UNIVERSIDAD DE GRANADA  
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

© Francisco J. Moreno Díaz del Campo, 2023  
© De la presente edición: Universitat de València, 2023

Publicacions de la Universitat de València  
<https://puv.uv.es>  
publicacions@uv.es

Editorial Universidad de Granada  
<https://www.editorialugr.com>  
edito4@ucartuja.es

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza  
<https://wzar.unizar.es/spub>  
spublica@posta.unizar.es

Imagen de la cubierta:  
*Ventana* de Diego Clemente Espinosa

Diseño de la colección: Vicent Olmos  
Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera  
Maquetación: Inmaculada Mesa  
Corrección: Letras y Píxeles, S. L.

*Edición en rústica*

ISBN: 978-84-1118-255-3 (Universitat de València)  
ISBN: 978-84-338-7269-2 (Universidad de Granada)  
ISBN: 978-84-1340-749-4 (Universidad de Zaragoza)

*Edición digital*

ISBN: 978-84-1118-256-0 (Universitat de València)  
ISBN: 978-84-338-7270-8 (Universidad de Granada)  
ISBN: 978-84-1340-750-0 (Universidad de Zaragoza)

¡Datos, datos, datos! –exclamaba con impaciencia–.  
No puedo hacer ladrillos sin arcilla.

Sherlock Holmes en *El misterio de Copper Beeches*  
Arthur CONAN DOYLE



# ÍNDICE

## PRÓLOGO

11

## AGRADECIMIENTOS

15

## INTRODUCCIÓN

17

## ABREVIATURAS

20

## DONDE SE VE CÓMO LO MATERIAL ES PARTE DE LA VIDA

21

## DE CÓMO ACERCARSE AL DISCURRIR DE LO CORRIENTE

61

## EN QUE SE HABLA DE LAS HACIENDAS

107

## DE LAS CASAS

189

EN QUE SE TRATA ACERCA DE LAS PERSONAS

239

DONDE SE CONCLUYE

317

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

323

ÍNDICE DE TABLAS

377

ÍNDICE DE FIGURAS

379

ÍNDICE ANTROPONÍMICO

381

ÍNDICE TOPONÍMICO

387

ÍNDICE GENERAL

391

# Prólogo

---

Curioso lector, curiosa lectora. Bien tengas en tus manos un objeto impreso en papel, bien estés antes los píxeles de una pantalla, la obra que tienes delante es muy especial, y alegaré las autoridades necesarias para justificarlo. Pero antes, y aunque su joven autor no lo necesite, debo presentártelo. Allí por noviembre del año 2006, realicé, en compañía del maestro Bernard Vincent, un quijotesco viaje que nos llevó, como al vencido caballero, desde las orillas del Mediterráneo al corazón de La Mancha, para asistir en Ciudad Real a la defensa de la tesis doctoral de Francisco J. Moreno Díaz del Campo. En el itinerario, después de una necesaria parada en una venta para reponer fuerzas, recalamos en la Cueva de Montesinos y nos asomamos a su boca. Por falta de tiempo, de medios materiales y, por mi parte, de valor, no descendimos a sus entrañas. Francisco Moreno lo ha hecho, de forma metafórica, arrojándose con una ligera cuerda al abismo de los protocolos notariales manchegos, y muchas veces habrá proferido lo que D. Quijote afirmó haber escuchado en la sima: «Paciencia y barajar». No los 40 naipes de la baraja española, sino las más de 40.000 fichas que cabe suponer que tiene en su base documental. Llegados a Ciudad Real, asistimos a la defensa de su tesis sobre los moriscos manchegos, que tú, lector, posiblemente conozcas.

Años más tarde, en 2019 y en el Museo de San Pío V de Valencia, se presentó otro libro, realizado en colaboración con Borja Franco, de original título: *Pintando al converso. La imagen del morisco en la península ibérica (1492-1614)*. Allí trataban de las imágenes –visuales y literarias– de estos. El libro que tienes delante, también de llamativo título, complementa aquellas dos obras, y otros muchos trabajos suyos de cuya relación te hago gracia y que verás citados si, superado este prólogo, sigues leyendo. No esperes que yo te libere de la lectura; para eso estarán pronto disponibles esos inventos diabólicos que responden a la sigla AI y que son el fácil recurso de los vagos. Y ahora, como te había anunciado y es costumbre antigua, traeré a colación diversas autoridades que refrenden la importancia de la obra.

Comenzaré por la afilada pluma de D. Diego Hurtado de Mendoza, testigo e historiador de la guerra de Granada, quien, en la vieja tradición hispánica de dividimos entre nosotros y ellos, escribió en la presentación de su historia:

Hasta que vimos a los enemigos, nación belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos vendidos en almoneda o llevados a habitar tierras lejos de la suya; cautiverio y transmigración no menor que las que de otras gentes se leen por las historias.

Sobre esos desgraciados, deportados desde su patria granadina a La Mancha en medio del frío invierno de 1570-71, y asentados allí a la fuerza, trata, en gran medida pero no en exclusiva, este libro. Y de cómo muchos consiguieron salir de la miseria y pudieron, con esfuerzo, constituir familias basadas en complejos patrimonios.

El segundo autor, el humanista y redactor de abundantes memoriales Pedro de Valencia, después de razonar también sobre que los moriscos podían ser considerados enemigos peligrosos, matiza:

Todos estos moriscos, en cuanto a la complexión natural, y por consiguiente en cuanto al ingenio, condición y brío son españoles como los demás que habitan en España, pues ha casi novecientos años que nacen y se crían en ella y se echa de ver en la semejanza o uniformidad de los talles con los demás moradores de ellos; y así, es de entender que llevaran con impaciencia y coraje el agravio que juzgan que se les hace en privarlos de su tierra y no tratarlos con igualdad de honra y estimación con los demás ciudadanos y naturales.

Como españoles los trata Francisco Moreno, frente a aquellos que, antaño y hogaño, han querido negarles este, por ellos sentido, rasgo *identitario*. Y así, en su estudio, los moriscos se analizan junto a los cristiano-viejos, buscando señalar las semejanzas y diferencias entre estas dos «castas» de españoles, cuyas barreras, causadas por la «sangre», Pedro de Valencia, al igual que su contemporáneo Cervantes, deseaban, utópicamente en aquel momento, ver abolidas.

Un salto de más de tres siglos nos trae hasta mediados del XX, cuando Fernand Braudel replanteó el estudio de los moriscos en el marco del mundo Mediterráneo de Felipe II. Al que esto escribe le chocó la diferencia que establece entre una clase dirigente morisca granadina —«la burguesía del Albaicín, esta masa de notables vestidos de seda, ricos, prudentes, misteriosos...»— y el mundo valenciano, donde «no hay aristocracia ni minoría selecta, por encima de la gran masa proletaria». Y se ha preguntado muchas veces: ¿Esos doce alfaquís valencianos que fueron a Toledo en 1524 para negociar con Carlos V y con el inquisidor general Alonso Manrique irían vestidos de seda o de paño

basto? Y ya que se trata de vestidos, hay que traer a colación otra obra del maestro francés, aparecida en 1967, que interesa más para este prólogo; su título: *Civilisation matérielle et capitalisme*. En ella, bajo el rótulo de *Le superflu et l'ordinaire*, dedicaba un capítulo a *L'habitat, le vêtement et la mode*. Y concluía: «Au vraie, toutes ces réalités no sont pas le seul fruit de nécessités contraignantes: l'homme se nourrit, se loge, s'habille parce qu'il ne peut faire autrement, mais ceci dit, il pourrait se nourrir, se loger, se vêtir autrement qu'il ne le fait».

Algún ilustre intelectual, cuyo nombre omito, vio en esta obra la clara manifestación de que tras el ascenso había llegado la hora de la decadencia de la Escuela de los Annales. Para otros fue una llamada para prestar atención a los límites entre lo posible y lo imposible en cada momento histórico, y tener presente también la importancia de lo ordinario y del lujo en la vida de hombres y mujeres. Lo que allí era una visión bastante impresionista de esos temas, verás que en esta obra responde a un trabajo estadístico muy amplio.

Y sobre ello citaré a una última autoridad: el profesor Lawrence Stone, otro maestro de modernistas. A fines de los años setenta, en un famoso artículo, constató que se estaba produciendo un cambio fundamental en la forma de hacer historia debido a la crisis de los grandes modelos explicativos basados en la relación entre el mundo material y las sociedades, y que estaba resurgiendo una nueva historia narrativa, más atenta al individuo y a los factores explicativos políticos y culturales. Esta vuelta a la narración implicaba, así mismo, una pérdida de confianza en los complejos métodos cuantitativos que habían dominado hasta entonces. Para Stone, sin embargo, no había vuelta atrás en la exigencia de precisión numérica; ya no podíamos conformarnos con aproximaciones cuantitativas del tipo «mucho» o «poco», sino que la exigencia de medir con precisión los fenómenos era insoslayable. Y eso es lo que da consistencia a este trabajo: una sólida arquitectura numérica, a partir de la que se obtienen conclusiones sobre los comportamientos económicos, las actitudes sociales e incluso las creencias.

La vida material de la sociedad manchega del periodo 1570-1610, con especial atención a la integración en ella de los desterrados granadinos y sus descendientes, y al mismo tiempo la pervivencia de rasgos culturales propios de los moriscos manifestados en la importancia dada a determinados objetos, todo ello sujeto a una precisa medida, es lo que tú, lector o lectora, puedes esperar del libro cuya lectura te recomiendo.

Desde el Estudi General de la Universitat de València, en estos tiempos difíciles que tenemos –como en elegante latín escribió el Filósofo cuya estatua preside el claustro del Alma Mater Valentina–, hoy, en el cuadringentésimo séptimo aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes, te digo, con las palabras del Hiponense: *Tolle, lege*.



## AGRADECIMIENTOS

La publicación de un libro es el resultado final (y visible) de un proceso en el transcurso del cual todo autor se hace preguntas, acumula dudas y se ve obligado a reconocer sus limitaciones. Por fortuna, hay quien tiene la suerte de disponer de una mochila llena de compañeros y amigos a los cuales no les importa compartir sus conocimientos y su tiempo.

Es el caso de quien escribe. Reconocer públicamente las deudas adquiridas con quienes acompañan el trabajo diario y la experiencia de enseñar e investigar debería ser obligatorio. Y es de justicia tanto con uno mismo como con los demás. Ese acto ayuda a admitir las debilidades propias y engrandece a quienes entienden la colaboración y compañía como un acto de generosidad.

Antes de que el lector avance en el contenido del libro, me gustaría abrir mi mochila y sacar de ella a quienes también son parte de él. En primer lugar, al personal de los archivos y bibliotecas cuyos fondos he tenido que consultar para dar forma a las líneas que siguen. Sin su ayuda y empatía nada de lo dicho aquí habría sido posible.

También a los responsables de la Biblioteca de Estudios Moriscos, y de manera muy especial a Manuel Lomas, que lleva años detrás de este proyecto y que, en los últimos meses, ha empujado de manera decisiva para que esta publicación vea la luz. En esa misma nómina también se encuentran Rafael Benítez Sánchez Blanco, a quien debo reconocer su total predisposición a la hora de aceptar hacerse cargo del prólogo que precede a estas líneas y la generosa –y virtuosa– lectura de la última versión del libro. No fue menor la paciencia y generosidad de Andrés F. Echavarría Peláez, quien me prestó sus conocimientos para completar la parte gráfica del libro. Igualmente quiero dejar constancia de la delicada y pormenorizada labor editorial desarrollada por Publicacions de la Universitat de València y agradecer la enorme generosidad de Diego Clemente Espinosa, a quien debo la cubierta con la que el lector se asomará al contenido del libro.

Las mismas facilidades, un gran espíritu constructivo y una enorme complicidad son las que han dominado las interminables conversaciones, las múltiples consultas y las frecuentes dudas que han resuelto los compañeros y amigos que, con sus aportaciones y sugerencias, han contribuido a hacer mejor este trabajo. Especial mención requieren Jerónimo López-Salazar Pérez, David Martín López, Bernard Vicent, José María Perceval, Ana Echevarría Arsuaga, Elena Díez Jorge, Luis F. Bernabé Pons y, sobre todo, Borja Franco Llopis, con quienes mantengo una enorme deuda (más personal que profesional) que espero poder saldar más pronto que tarde.

Finalmente, no quiero dejar de lado a mi familia. Ellos y ella son quienes realmente saben lo difícil que es escribir un libro.



# Introducción

---

Desde hace más de medio siglo, la vasta hueste de investigadores de lo humano y lo social se ha preocupado por conocer cómo fue la vida cotidiana de quienes nos precedieron. Ese empeño ha llegado a prácticamente cualquier punto del planeta y no hay cultura, época o lugar del que no pueda encontrarse un intento de aproximación más o menos serio. En ese tiempo se han sucedido aportaciones de todo tipo y los debates metodológicos e historiográficos han constituido un importante punto de anclaje al que amarrar el crecimiento de esa forma de hacer historia.

La reconstrucción del pasado material de cualquier grupo humano es la recuperación de su realidad cotidiana, algo solo aprehensible si se admite que en ese día a día se combinaron múltiples factores, desde los económicos hasta los afectivos. Esa «globalidad» conduce a otra constatación: la imposibilidad de parcelar el estudio de la realidad material. O, dicho de otro modo, la necesidad de abordar ese análisis no solo con el utillaje propio de la historia, sino también con las herramientas que proporcionan disciplinas como la historia del arte, el derecho, la economía o la arqueología.

Las páginas que conforman este libro sobrevuelan por esas diferentes formas de acercarse a la realidad material, en este caso de la minoría morisca. El objetivo es conocer más y mejor cómo fue la vida de los conversos de moro en el largo siglo que transcurrió entre su conversión forzada a inicios del quinientos y la expulsión decretada por Felipe III. Lo específico de dicho grupo constituye un reto añadido a la necesidad de poner negro sobre blanco las formas de materialidad que estuvieron presentes en aquella España que vivió en los albores de la modernidad.

Para ello, se ha definido una estructura de capítulos que va de lo general a lo concreto. A través de ella, se pretende conectar con una realidad que difícilmente puede comprenderse al margen del escenario global en que se insertó. De ahí que este trabajo comience acercándose a la «historia de cada

\* El presente libro se ha gestado en el marco del proyecto de investigación IMPI2: *Antes del orientalismo: Figuras de la alteridad en el Mediterráneo de la Edad Moderna: del enemigo interno a la amenaza turca* (Ref: PID2019-105070GB-I00) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (Gobierno de España).

día», una suerte de aproximación metodológica en la que se ha pretendido poner de manifiesto que lo ordinario se nutre y se sirve de lo material. Y es que no es necesario ir más allá de lo corriente para comprender que los grandes procesos de cambio también se sustentaron en lo cotidiano y que transitaron de abajo a arriba, en dirección opuesta a como siempre se ha intentado comprender el fluir de la historia.

Las consideraciones que el lector podrá encontrar en ese capítulo representan un planteamiento general del estudio que sigue a esas páginas iniciales. En él también se da cuenta de la necesidad de hacer confluír las distintas tradiciones historiográficas que se han acercado a esa parte de la historia que se ha interrogado por la relación entre las personas y sus cosas. Es el necesario paso previo para constatar que, a pesar de los avances de las últimas décadas, aún es mucho lo que queda por conocer acerca de cómo viejos y nuevos cristianos hicieron uso de los objetos con los que dieron forma a sus vivencias.

Para comprender como fluyó aquella vida, ha sido necesario bucear en la documentación, algo no siempre sencillo teniendo en cuenta que «lo ordinario» dejó un rastro débil. Por ello se ha recurrido a las cartas de dote y arras, un instrumento tan corriente que, al margen de diferencias religiosas, de disensos culturales y de desigualdades socioeconómicas, fue conocido, empleado e instrumentalizado por prácticamente todos los colectivos de la sociedad campesina en la que hemos fijado nuestra mirada. Servirse de los contratos matrimoniales que suscribieron moriscos y cristianos viejos ha permitido comparar la visión que unos y otros tuvieron de su entorno material, así como definir un escenario cotidiano en el que, innegablemente, hubo confluencias, pero donde también se recorrieron caminos diferentes. Para ello ha sido necesario conocer cómo ambos colectivos se acercaron al matrimonio y, sobre todo, cómo entendieron la institución dotal.

Solo así se ha estado en condiciones de comprender que los objetos del trabajo, las cosas de la casa, el vestido o el ajuar personal formaron parte de un todo que debe parcelarse para ser conocido, pero que representa una forma muy concreta —casi única— de vivir. El análisis de esas cuestiones constituye la columna vertebral del libro que el lector tiene en sus manos y ha dado pie a toda una serie de consideraciones en las que economía, cultura, religión, aspectos jurídicos y temas sociales confluyen en un escenario de asimilación e integración, pero también de defensa de la especificidad, de reivindicación del pasado perdido y de sentimiento de lo propio con lo ajeno.

Los moriscos no fueron un grupo ajeno a la sociedad hispana. Su vida cotidiana, su religiosidad, sus relaciones sociales o los intercambios económicos de los que participaron tuvieron lugar en unas coordenadas espaciales y temporales que obligan a considerar su existencia como parte de un

conjunto más amplio. Viene esto a colación porque, por muy particular y específica que parezca, la vida de los convertidos de moros no puede separarse de la de los cristianos viejos. A pesar de sus caracteres específicos, la materialidad de los antiguos musulmanes participó de la de sus vecinos limpios de sangre, influyó en ella y configuró un universo de objetos que no podría entenderse si no se tuviesen en cuenta las interactuaciones entre ambos grupos. Por ello, es necesario establecer una serie de precisiones. Son consideraciones introductorias, que serán perfiladas a lo largo de las páginas que siguen y cuyo objetivo es delimitar el planteamiento de estas líneas, así como remarcar sus limitaciones. La primera de ellas es la espacial. Los moriscos que nos prestan sus objetos, que nos han dejado entrar en sus casas y que nos permiten ver cómo era su ropa, solo son una parte del inmenso conjunto de cristianos nuevos que poblaron la península ibérica. Este libro centra su atención en las comunidades de Castilla la Nueva y más concretamente en las de Ciudad Real, Alcazar y Almagro, tres de las localidades manchegas más importantes, en las que, además, se avecindaron significativos grupos de moriscos granadinos tras la guerra de las Alpujarras. He ahí el segundo matiz sobre el que conviene reflexionar antes de avanzar. Aunque es conocido que los tres núcleos que se analizan contaron con población morisca de origen mudéjar, este estudio se centra en los años comprendidos entre 1570 y 1610. Como podrá observarse más adelante, las fuentes no permiten un acercamiento detallado a los años previos al destierro granadino, bien sea por la inexistencia de documentación, bien porque la disponible no es lo suficientemente generosa como para permitir que ese análisis sea todo lo profundo que sería deseable.

El peso cuantitativo y cualitativo de estas comunidades invita a pensar que los resultados obtenidos pueden ser un punto de partida, siempre matizable, para conocer cómo fue la vida de los moriscos granadinos de Castilla. Pero se ha querido ir más allá. Lo principal de las conclusiones que se presentan aquí tiene su base en la información proporcionada por la documentación notarial. Sin embargo, en el transitar archivístico que termina con estas páginas, han podido acumularse informaciones particulares y concretas, pero siempre valiosas para ampliar, matizar y corregir lo que la fuente de escribanía decía inicialmente. Fuentes judiciales, papeles inquisitoriales, testimonios de párrocos, regidores y autoridades locales, manifestaciones literarias, libros de viaje, imágenes y representaciones artísticas... todo ha sido de utilidad a la hora de ensamblar las teselas que dan forma a este modesto mosaico. También las aportaciones de los que, por suerte, nos han precedido en el empeño de saber más sobre la vida de moriscos y cristianos viejos y acerca de sus interactuaciones en aquella Castilla rural de la que tanto nos queda por conocer.

## ABREVIATURAS

AHN	Archivo Histórico Nacional.
OM	Sección Órdenes Militares.
AT	Archivo de Toledo.
AGS	Archivo General de Simancas.
AHP CR	Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real.
AHP Ab	Archivo Histórico Provincial de Albacete.
APsP CR	Archivo Parroquial de San Pedro. Ciudad Real.
APsM CR	Archivo Parroquial de Santa María del Prado. Ciudad Real.
APsB Al	Archivo Parroquial San Bartolomé. Almagro.
APMD Al	Archivo Parroquial de la Madre de Dios. Almagro.
APsP D	Archivo Parroquial de San Pedro. Daimiel.
Prot.	Protocolos.
f. / ff.	folio / folios.
lib.	libro.

# Donde se ve cómo lo material es parte de la vida

---

## 1. LA HISTORIA DE CADA DÍA

La vida de los moriscos granadinos de Castilla estuvo delimitada por una serie de aristas que constriñeron el normal desenvolvimiento cotidiano de quienes protagonizan estas líneas. No todas fueron negativas y en la medida en que así fue también puede decirse que ese día a día contribuyó a perfilar y enriquecer la vida misma. De entre esos límites, el primero al que cabe referirse es el legal. La legislación que atañó a los convertidos de moros no fue ni uniforme ni global. No afectó a todos por igual y no tuvo una aplicación constante en el tiempo. De este componente puede decirse que se aplicó de manera geográficamente selectiva en función del origen y naturaleza jurídica de los propios moriscos y tomando como referente la particular situación política de cada instante.

En el caso concreto de los granadinos, fue objeto de una constante reglamentación que convirtió al colectivo en uno de los grupos sociales más estrechamente vigilados de toda la historia de la España moderna. Al principio, la vigilancia se dirigió contra las manifestaciones de tipo religioso. Las primeras medidas que se tomaron datan del lustro comprendido entre 1508 y 1512 y tuvieron como marco de actuación el reino de Granada. Tiempo después, la junta reunida en la capilla real de Granada en 1526 condensó en un solo texto todas las normas dictadas previamente. Poco nuevo puede decirse de aquellas medidas, que fueron convenientemente estudiadas por Domínguez Ortiz y Vincent. Tan solo es necesario recordar que fueron de especial aplicación en el reino de Granada, pero que sus efectos se dejaron sentir en el resto de Castilla. A partir de entonces, todas las comunidades moriscas iniciaron un proceso de reorganización interna con el objetivo de emprender acciones de negociación política con la monarquía y sus instituciones, y eso llevó aparejadas consecuencias porque, sin pretenderlo, la Corona comenzó a separar legalmente a unos y a otros convertidos.

Una lectura atenta a las disposiciones dictadas durante el primer cuarto del siglo XVI permite adivinar el importante sesgo cultural que se imprimió a aquel conjunto de normas.<sup>1</sup> Su importancia e incidencia quedaron parcialmente disipadas por los sucesivos aplazamientos a que fue sometida la aplicación de la pragmática de 1526.<sup>2</sup> No así su trascendencia posterior, pues esta última inspiró las disposiciones que promulgó Felipe II cuarenta años después. Conviene retener la relevancia que, a partir de aquel momento, tuvieron las órdenes dictadas para reglamentar la vida cotidiana, especialmente en lo tocante al vestuario femenino. Se trata de un tema al que ha prestado atención Irigoyen-García, para quien es importante considerar que no puede hablarse de un código de conducta repetido de manera mecánica. Prueba de ello es que, a pesar de su clara continuidad, cada ley fue presentada con leves –pero significativas– modificaciones. La cronología (varias disposiciones en pocos años), el ámbito de aplicación (ciudad y reino de Granada o corona de Castilla) y la semántica de los términos empleados (por ejemplo, en lo relacionado con las cuestiones de género) son motivos suficientes para considerar que en tales normas no solo subyació un intento de controlar a la minoría morisca.

El asunto de la cultura material morisca también tiene un nexo evidente con cuestiones de orden social, y no solo tocantes a los propios convertidos.

<sup>1</sup> Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent: *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, 3.<sup>a</sup> reimp. (1.<sup>a</sup> ed.: Madrid, Revista de Occidente, 1978), Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 20-22.

<sup>2</sup> Se trata de un tema conocido. Para profundizar en él, véase, de inicio, *ibíd.*, pp. 25 y ss., así como Manuel Barrios Aguilera (ed.): *Historia del reino de Granada II: La época morisca y la repoblación (1502-1630)*, Granada, Universidad de Granada / El Legado Andalusi, 2000. Para profundizar en la primera etapa del reino granadino, véanse, igualmente, Bernard Vincent: «Los moriscos granadinos y la gracia del rey», en Ana I. López-Salazar y Francisco J. Moreno Díaz del Campo (eds.): *La Monarquía Hispánica y las minorías. Élite, poder e instituciones*, Madrid, Sílex, 2019, pp. 85-122, así como Ángel Galán Sánchez: «De mudéjares a moriscos: los problemas metodológicos de una transición», en Manuel Barrios Aguilera y Ángel Galán Sánchez (eds.): *La historia del Reino de Granada a debate. Viejos y nuevos temas. Perspectivas de estudio*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 2004, pp. 303-328. De este último, véanse también *Una sociedad en transición: los granadinos de mudéjares a moriscos*, Granada, Universidad de Granada, 2010; «El dinero del rey y la “ley de la comunidad”. Pacto político y contrato fiscal en el Reino de Granada tras la conquista», en François Foronda (ed.): *Avant le contrat social. Le contrat politique dans l'Occident médiéval (XIIIe-XVe siècle)*, París, Publications de la Sorbonne, 2011, pp. 653-683. Como complemento a los anteriores debe recurrirse a Rafael Benítez Sánchez-Blanco: «Carlos V y los moriscos granadinos», en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet (eds.): *Historia de la Inquisición en España y América*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1984, pp. 474-487, y Rafael Benítez Sánchez-Blanco: «La política de Carlos V hacia los moriscos granadinos», en José Martínez Millán e Ignacio J. Ezquerro Revilla (eds.): *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp. 415-446.

Internarse en este aspecto supone participar del complejo juego de estrategias y representaciones que sustentaron el armazón social hispánico durante los siglos XVI y XVII.<sup>3</sup> Moriscos y cristianos viejos desplegaron estrategias de representación individual y colectiva que los llevaron a construir retablos simbólico-sociales en los que hacer presentes las diferencias que unos aspiraban a mantener y otros a eliminar. En ese empeño, lo material jugó un importante papel porque contribuyó a fijar posiciones de partida. A principios del quinientos, *lo moro* (o *lo morisco*) había dejado de pertenecer en exclusiva al escenario de lo religioso-cultural. La secular coexistencia entre musulmanes y cristianos, la influencia (recíproca) en los usos indumentarios, el valor concedido en ambientes cortesanos y nobiliarios a la tradición de raigambre islámica... habían generado una transformación semántica en dichos conceptos hasta el punto de hacerlos partícipes de una peculiar forma estética asociada a la distinción y al elitismo social. Solo así puede explicarse que aquellos que presumían de limpieza de sangre se sirvieran de elementos materiales andalusíes para acentuar las diferencias, para marcar su posición social y para mostrar su riqueza no ya frente a los moriscos, sino, incluso, ante el resto de los suyos.<sup>4</sup>

No solo los cristianos viejos jugaron la baza de lo material. Frente a la limitación y la imposición legal, y ante el muro social al que tuvo que hacer frente, el cristiano nuevo también hizo uso de diferentes estrategias de preservación identitaria y empleó lo cotidiano (y los objetos no dejan de formar parte de esa esfera) para aferrarse a los usos y costumbres heredados de los ancestros. Es en ese momento cuando el análisis social de la cultura material da voz al colectivo y a la tradición y cuando el investigador debe ocuparse en esclarecer el valor simbólico de lo material. Hay dos elementos cuyo análisis resulta clave y arroja conclusiones especialmente interesantes en ese sentido. En primer término, el hogar, allí donde lo privado y lo cotidiano son inmanentes. El lugar donde cantidad, calidad y disposición de los bienes materiales son claros indicadores de cómo se vive, de cómo se afronta el discurrir

<sup>3</sup> Sobre este asunto, véanse de manera inicial Javier Irigoyen-García: «*Moors Dressed as Moors*». *Clothing, Social Distinction, and Ethnicity in Early Modern Iberia*, Toronto/Buffalo/Londres, University of Toronto Press, 2017, pp. 99-118, y Louis Cardaillac: «Le vêtement des Morisques», *Signes et Marques du Convers (Espagne, XVème-XVIème siècles)*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1993, pp. 15-30.

<sup>4</sup> Sobre estas cuestiones gravita la tesis principal de Irigoyen. Para detalle sobre este asunto, véase Irigoyen-García: «*Moors Dressed as Moors*»..., pp. 3-23. Véanse, igualmente, Borja Franco Llopis y Francisco J. Moreno Díaz del Campo: *Pintando al converso. La imagen del morisco en la península ibérica (1492-1614)*, Madrid, Cátedra, 2019, pp. 98-100, y M.ª Elena Díez Jorge: «Under the same Mantle: The Women of the “Other” through Images of Moriscas», *Il Capitale Culturale*, Supplementi 6, 2017, p. 51.

cotidiano. El hecho de documentar lo diverso de ese escenario y de ligar esa heterogeneidad a cada grupo social ya es lo suficientemente indicativo de que ese espacio albergó diferentes puestas en escena de lo cotidiano.

Junto a la casa, el vestido. Su papel como caracterizador de la actividad pública de cualquier persona (sea cual sea su procedencia) dice mucho acerca de cómo ese individuo (y la colectividad en que se inserta) se presentan ante el resto de la sociedad. Es mucho lo que falta por saber al respecto, pero puede afirmarse que en el caso de los moriscos hubo trayectorias divergentes en función del marco geográfico, de la cronología elegida y del colectivo al que, en cada momento, se preste atención (mudéjares castellanos, granadinos, valencianos...). En las páginas que se dedican a este aspecto se dará cuenta de todo ello. Por ahora puede adelantarse que una de las cuestiones que más debate ha generado ha sido el diferente grado de adaptación que varones y mujeres mostraron a la usanza castellana. En ese sentido, los hombres se acomodaron con facilidad a la moda cristiano-vieja, mientras que las mujeres fueron renuentes a abandonar los usos indumentarios heredados. De manera tradicional, las explicaciones que se han ofrecido a tales divergencias han insistido mucho en cuestiones de orden sociológico y han centrado todo intento de explicación en el tradicional desenvolvimiento cotidiano de la mujer en la esfera de lo privado. No son erróneas, pero es necesario considerar otro tipo de factores. Entre ellos están los comportamientos religiosos y culturales. También la cambiante situación crono-espacial, aspecto al que hay que prestar una atención prioritaria en el caso concreto de los moriscos granadinos. Finalmente, y junto a lo ya señalado, la economía, elemento irremediamente unido al mundo de los objetos.

El estudio de lo material remite a lo monetario, a lo productivo y a las leyes de la oferta y la demanda. No es menos importante considerar las modas y los usos sociales comúnmente aceptados. Componer la mesa, cocinar y comer o amueblar el hogar y vestir los cuerpos fueron prácticas que evolucionaron y que estuvieron sujetas a influencias. Por ello es necesario comprenderlas en un proceso de constante cambio, en el que todos los agentes que intervinieron en su configuración tomaron prestado, ofrecieron y suministraron su propia experiencia colectiva a la hora de construir espacios comunes.<sup>5</sup> En esos procesos, y aunque no participaran de ellos por igual, moriscos y cristianos viejos compartieron un mismo espacio productivo y comercial. En el contexto concreto de este estudio, el comercio local tiene una impor-

<sup>5</sup> Amalia García Pedraza: «Entre la media luna y la cruz: las mujeres moriscas», en M.<sup>a</sup> José Osorio y M.<sup>a</sup> Elena Díez Jorge (eds.): *Las mujeres y la ciudad de Granada en el siglo XVI*, Granada, Ayuntamiento de Granada, 2000, p. 59.

tancia significativa porque el recurso a mercados situados más allá de la esfera regional no fue extraño, pero tampoco lo suficientemente potente como para condicionar pautas de consumo específicas.<sup>6</sup> Todo ello es suficiente para alertar acerca de los procesos de adaptación, pues estos no siempre dependieron de las preferencias y usos culturales, sino que estuvieron sujetos a condicionantes ajenos a las voluntades individuales y colectivas. Es así como aflora de nuevo la necesidad de considerar el contexto espacial y temporal, porque el destierro de los granadinos después de la guerra de las Alpujarras trasplantó a aquellos moriscos a un escenario productivo y material muy diferente del que habían tenido como propio hasta entonces.

Las haciendas personales y familiares también condicionaron la vida material. Como lo hizo la capacidad productiva de una determinada región o la situación económica por la que se atravesó en una determinada etapa, fuera cual fuera. Se trata de algo que puede parecer obvio, pero que conviene recordar de tanto en tanto, máxime cuando ciertos sectores de la historiografía, excesivamente concentrada en lo simbólico-cultural, parecen haber renegado del factor económico como motor y pilar de ciertos cambios de orden material. Esa deserción resulta especialmente preocupante en aquellos ámbitos geoespaciales y temáticos en los que no se dispone de base cuantitativa. En ese contexto, el concurso de los datos de tipo serial sigue siendo necesario para obtener una correcta contextualización del marco en el que insertar las prácticas cotidianas. Lo anterior no supone una enmienda a los estudios culturales. Como podrá observarse, en las páginas que siguen tiene una especial cabida el análisis de las pautas de comportamiento, de los hábitos individuales y colectivos que remiten a la tradición y a la esfera de lo religioso. Sin embargo, se ha asumido desde el principio que esas categorías discursivas solo se pueden comprender si previamente se conoce de manera correcta el contexto socioeconómico en que se insertaron. Por tanto, es fácil entender que en estas páginas no solo no se rechace lo cuantitativo, sino que el empleo de dicha metodología haya supuesto una de las bases empíricas sobre las que se apoyan las conclusiones que se ofrecen. Son muchos los estudios dedicados al consumo que han puesto de manifiesto la relevancia de esta aproximación: materias primas, técnicas y procedimientos fabriles, distribución de las inversiones productivas, dinámica de intercambios...

<sup>6</sup> Sobre este asunto, véase Jaume Torras Elías y Bartolomé Yun Casalilla (eds.): *Consumo y condiciones de vida y comercialización. Cataluña y España, siglos XVII-XIX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999. Más reciente, véase también David Muñoz Navarro (ed.): *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España Moderna*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011.

Sin dejar de prestarles atención, pueden señalarse, al menos, tres cuestiones a las que atender de manera específica. En primer lugar, los niveles de riqueza, elemento que aquí es clave, ya que inserta y posiciona a los moriscos en sus respectivas economías locales. En segundo término, la distribución y orientación interna que cada colectivo dio a sus patrimonios, la forma en que cada grupo atesoró su riqueza y la invirtió. Una correcta contextualización de ambas cuestiones permite conocer la configuración de las haciendas y calibrar la importancia que se le dio al ajuar, cuestión que aquí también es fundamental. Finalmente, es necesario analizar la evolución de los comportamientos económicos particulares. El objetivo es observar hasta qué punto lo crematístico condicionó, absorbió e incluso anuló lo cultural e identitario. La consideración de este último aspecto es importante, puesto que permitirá conocer si, en escenarios materialmente similares y bajo pautas culturales comunes, hubo familias moriscas en las que la riqueza sirvió como catalizador de los procesos de adaptación al comportamiento de la mayoría cristiano-vieja.

El camino que queda por recorrer es largo, pero adentrarse en esas cuestiones es tan importante como considerar el factor cultural. A fin de cuentas, individuos y colectivos no son entes sociales inmutables, sino que se ven condicionados por el medio que los rodea y, se quiera o no, la riqueza afecta mucho a los hábitos personales. Por tanto, no solo se trata de observar lo que separó a ambos colectivos. También es necesario considerar qué factores contribuyeron a estrechar la distancia entre ellos, ya que enfrentarse a la domesticidad de dos grupos en principio antagónicos también supone aceptar que no todo tuvieron que ser diferencias.

Por ello, y porque no todo puede reducirse a una suerte de determinismo económico, es necesario contemplar el marco de las creencias y de los comportamientos culturales. En los últimos años se ha discutido mucho acerca de cómo el sentimiento religioso pudo condicionar o modificar hábitos de tipo material.<sup>7</sup> En un contexto dominado por la persecución religiosa, y el

<sup>7</sup> De entre las últimas aportaciones, véanse al respecto David Morgan (ed.): *Religion and Material Culture. The Matter of Belief*, Londres, Routledge, 2009; Alexandra Walsham: «Domesticating the Reformation: Material Culture, Memory, and Confessional Identity in Early Modern England», *Renaissance Quarterly* 69, 2016, pp. 566-616; Suzanna Ivanic: «Early Modern Religious Objects and Materialities of Belief», en Catherine Richardson, Tara Hamling y David Gaimster (eds.): *The Routledge Handbook of Material Culture in Early Modern Europe*, Abingdon, Routledge, 2016; Yves Krumenacker: «L'espace domestique des protestants français», en Olivier Christin e Yves Krumenacker (eds.): *Les protestants à l'époque moderne. Une approche anthropologique*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2017, pp. 149-164; Lisbeth Bredholt y Jesper T. Jensen (eds.): *Religion and Material Culture: Studying Religion and Religious Elements on the Basis of Objects, Architecture, and Space*, Turnhout, Brepols

que nos ocupa claramente lo es, puede admitirse que la adopción de formas materiales relacionadas con las creencias islámicas no fue mayoritaria. También es lógico pensar que ese tipo de actuaciones se redujeron a contextos donde predominó lo privado o allí donde se corría un menor riesgo de incurrir en un comportamiento punible o susceptible de ser condenado. Estudiar esas conductas es complejo, pues el rastro documental que han dejado es muy débil. Todo parece diferente si el asunto se observa desde una óptica cultural. Considerar –como se hizo en el siglo XVI– que hubo objetos imbuidos de un sentido identitario o cuyo uso remitía a un escenario cultural pasado, abre un espacio metodológico e interpretativo que va más allá de lo estrictamente religioso y que lo complementa con fuerza.

Más arriba se ha hecho hincapié en la importancia de las modas. La evolución de los gustos colectivos ha sido determinante a la hora de valorar la presencia de cualquier objeto en su contexto material. La pervivencia de cualquier tipo de bien está ligada a las necesidades de la sociedad que lo crea, fabrica, emplea e, incluso, perfecciona. Por ello, un objeto deja de ser producido cuando su utilidad ya no es recurrente. Ese «pasar de moda» provoca que el objeto en cuestión desaparezca de los circuitos comerciales. A veces, incluso, es sustituido por otro nuevo, considerado de mayor utilidad, mejor prestancia o, simplemente, más atractivo según los gustos del consumidor. Sin embargo, eso no implica su necesaria y total desaparición de los contextos domésticos. Bien fuera por motivos de orden económico, bien debido a cuestiones relacionadas con el mantenimiento de la costumbre, lo cierto es que hubo hogares (los hay aún) en los que la permanencia de determinados objetos «caducados» no fue extraña. La tendencia al autoabastecimiento, el escaso desarrollo de la manufactura y la menor obsolescencia son los principales porqués que explican las causas de tipo económico. Más allá, también hay un poso cultural, que explica los impulsos que conducen a individuos, familias y comunidades a mantener en sus hogares objetos cuyo empleo se considera en trance de desaparición. Y aquí es donde entran en juego conceptos más difíciles de aprehender en las fuentes como la tradición, la herencia simbólica,

---

Publishers, 2018 y Suzanna Ivanic, Mary Laven y Andrew Morral (eds.): *Religious Materiality in the Early Modern World (Visual and Material Culture, 1300-1700)*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2019. El tema converso está menos desarrollado y de las aportaciones puntuales se dará cuenta más adelante, pero para el ámbito ibérico se dispone de la interesante aportación de Natalia Muchnik que, en parte, analiza este tipo de cuestiones: Natalia Muchnik: *De paroles et de gestes. Constructions marranes en terre d'Inquisition*, París, Éditions de l'EHESS, 2014. En relación con Castilla, véase también Efrén de la Peña Barroso: «La casa y el ajuar de la familia Coronel a través de un inventario de bienes del siglo XVI», *Sefarad* 75(2), 2015, pp. 317-343.

el recuerdo, el apego emocional... cuyo soporte empírico no está basado en lo cuantitativo.<sup>8</sup> De ahí la necesidad de combinar métodos.

En el caso concreto de los moriscos, este enfoque consiente muchas vías de aproximación. Todas permiten comprender en qué medida, de qué forma y durante cuánto tiempo los cristianos nuevos emplearon sus cosas y vestidos no en tanto que tales, sino como recuerdo de su pasado colectivo. Ineludiblemente, el valor identitario de los objetos remite al acervo cultural y al medio social en el que aquel se configuró. En el caso que ocupa estas líneas, el empleo de tales conceptos implica considerar los tiempos moriscos y tener en cuenta que los nuevos cristianos –como los viejos– no constituyeron un ente cerrado y ajeno al cambio, sino que estuvieron sometidos a influencias externas. En ese sentido, no debe perderse de vista que la inmensa mayoría de los mudéjares hispanos que se bautizaron en el siglo XVI (o antes) únicamente habían vivido en entornos dominados por los cristianos. Ese dominio, por cierto, no solo alcanzó a cuestiones de orden político, social y económico. También fue material.

Es más, los granadinos, que inicialmente estaban al margen de esa situación, también se vieron condicionados por ella desde el segundo tercio del quinientos, cuando se abrió paso la segunda generación de convertidos. La situación de estos últimos mutó considerablemente cuando el destierro les forzó a iniciar un nuevo *modus vivendi* en Castilla. En ese caso concreto, las diferencias –fruto de los diversos grados de adaptación– tendieron a hacerse más grandes. Es fácil comprenderlo si se admite la imposibilidad de equiparar a un morisco expulsado de Granada, que llega a Castilla a edad adulta tras haber convivido con un islam más o menos activo durante toda su vida, con uno de segunda o tercera generación, nacido lejos de las Alpujarras o del Darro. No cabe duda de que este último desarrolló su vida en un ambiente

<sup>8</sup> Sobre cultura material y emociones son punto de partida los estudios de Barbara H. Rosenwein. De dicha autora, véanse con una orientación historiográfica y metodológica: «Worrying About Emotions in History», *American Historical Review* 107(3), 2002, pp. 821-845; «Emotions and Material Culture: A “Site under Construction”», en Gerhard Jartiz (ed.): *Emotions and Material Culture*, Viena, Verlag der Österreichischen Akademie des Wissenschaften, 2003, pp. 165-172, y «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context* 1(1), 2010, pp. 1-32. De la misma autora, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca/Londres, Cornell University Press, 2006. En el ámbito hispánico, puede señalarse como punto de partida María Tausiet Carlet y James S. Amelang (eds.): *Accidentes del alma. Las emociones en la Edad Moderna*, Madrid, Abada, 2009. Más recientemente, Juan M. Zaragoza Bernal: «Ampliar el marco. Hacia una historia material de las emociones», *Vínculos de Historia* 4, 2015, pp. 28-40. En relación con el tema morisco, sin duda, son claves los trabajos de Díez Jorge, especialmente y de manera reciente M.ª Elena Díez Jorge: «Enseres de casas granadinas en el siglo XVI: vivencias y emociones», en M.ª Elena Díez Jorge (ed.): *De puertas para adentro. La casa en los siglos XV-XVI*, Granada, Editorial Comares, 2019, pp. 463-521, y M.ª Elena Díez Jorge: «Historias llenas de emociones: espacios y objetos de menores en las casas de moriscos y cristianos», en Dolores Serrano-Niza (ed.): *Objetos y emociones en el hogar andalusí y morisco*, Madrid, CSIC, 2019, pp. 191-247.

diferente, marcado por los intentos de evangelización y por la convivencia con los cristianos viejos, independientemente del efecto que esa situación pudo tener en su sistema de creencias. La influencia que todo ello tiene en lo material también es reseñable. Por eso, y siempre que sea posible, también es importante introducir el factor espacial y temporal en este tipo de análisis.

Ese espíritu de comparación es clave. Primero porque deja ver que los intercambios materiales fueron una constante y que los procesos de apropiación y mimesis fueron más frecuentes de lo que, inicialmente, podría darse por sentado. En segundo lugar, porque esas influencias recíprocas no escondieron la presencia de elementos específicos, propios de cada colectivo y enarbolados en función de su identidad de grupo. Por todo ello es por lo que puede admitirse que estudiar lo material desde una óptica diversa en lo temporal y en lo causal es una de las herramientas más apropiadas para definir la alteridad y para comprender que, en aquel lejano siglo XVI, no todo estuvo dominado por el conflicto, ni por la resistencia a la asimilación, ni tan siquiera por la negativa a aceptar la presencia del otro.

## 2. MATERIALIDAD Y SOCIEDAD EN EL CONTEXTO HISTORIOGRÁFICO INTERNACIONAL: UN ACERCAMIENTO

La historia de la cultura material ha experimentado un rápido avance en los últimos años, en parte debido a la sólida tradición sobre la que se apoya.<sup>9</sup> Sus orígenes se remontan al primer tercio del siglo XX, momento en el que arqueólogos y antropólogos —en su inmensa mayoría anglosajones—

<sup>9</sup> Catherine Richarson, Tara Hamling y David Gaimster: «Introduction», en Catherine Richarson, Tara Hamling y David Gaimster (eds.): *The Routledge Handbook of Material Culture in Early Modern Europe*, Abingdon / Nueva York, Routledge, 2016, p. 3. De entre las aportaciones generales más recientes, sin ánimo de exhaustividad, deben destacarse Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Küchler, Michael Rowlands y Patricia Spyer (eds.): *Handbook of Material Culture*, Londres, SAGE, 2006; Karen Harvey (dir.): *History and Material Culture. A student's guide to approaching alternative sources*, Londres / Nueva York, Routledge, 2009; Frank Trentmann: «Materiality in the Future of History: Things, Practices, and Politics», *Journal of British studies* 48(2), 2009, pp. 283-307; Tara Hamling y Catherine Richardson (dirs.): *Everyday objects. Medieval and Early Modern Material Culture and its Meanings*, Farnham / Burlington, Ashgate, 2010; Dan Hicks y Mary C. Beaudry (dirs.): *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*, Oxford, Oxford University Press, 2010; Sven Dupré y Christoph H. Lüthy (dirs.): *Silent messengers. The circulation of material objects of knowledge in the Early Modern Low Countries*, Berlín, LIT Verlag Münster, 2011; Paula Findlen (dir.): *Early Modern Things: Objects and their Histories, 1500-1800*, Londres / Nueva York, Routledge, 2013; Anne Gerritsen y Giorgio Riello (dirs.): *Writing Material Culture History*, Londres, Bloomsbury, 2015, y Luc Bourgeois, Danièle Alexandre-Bidon, Laurent Feller, Perrine Mane, Catherine Verna y Mickaël Wilmart (dirs.): *La culture matérielle: un objet en question*, Caen, Presses Universitaires de Caen, 2018.

comenzaron a prestar atención al universo de los artefactos humanos.<sup>10</sup> Aquella visión pionera no escapó al deseo de conocer las prácticas sociales (individuales y comunitarias) ligadas al mundo de los objetos. Pero aún era pronto. El carácter «novedoso» de aquellas aportaciones limitó su desarrollo, desterró a sus autores a la condición de «foráneos» a la academia y construyó sus conclusiones a la esfera de los estudios locales.

El periodo de entreguerras alumbró las primeras evidencias de la potencialidad que ofrecía aquella forma de hacer historia. De un lado se situó la historiografía francesa, ligada al estudio del territorio, suplicante de interdisciplinariedad y decidida a lograr una historia total, que vio cómo los padres de *Annales* –especialmente Bloch– se interesaban por el universo de lo tangible. No fueron menos relevantes los estudiosos británicos y norteamericanos, fuertemente influenciados por la crisis económica posterior al hundimiento bursátil de 1929. A ellos se debe lo que terminó convirtiéndose en una de las señas de identidad de la historiografía anglosajona: el interés por las prácticas mercantiles y el consumo de masas.<sup>11</sup> La política de bloques y el inherente surgimiento de diferentes escuelas historiográficas en los años centrales de la pasada centuria alumbraron el desarrollo de distintas formas de acercarse a la materialidad de las sociedades pasadas. A decir verdad, las tomas de postura ya habían quedado esbozadas, de tal manera que los años sesenta y setenta solo sirvieron para consolidar aquellas dos maneras diferentes –pero nunca antagónicas– de abordar el conocimiento de la materialidad.

En aquel escenario, los modernistas encontraron un fecundo espacio para dar respuesta a las preguntas que despertaba la relación entre los hombres y sus artefactos durante la época preindustrial. Nuevamente, el epicentro de ese interés se situó en Francia e Inglaterra. En este último escenario (ampliable a todo el espectro historiográfico anglosajón), la principal preocupación tuvo un sesgo económico, que derivó en el estudio de las pautas de consumo y se centró, de manera prioritaria, en establecer las relaciones subyacentes tras los hábitos domésticos, el consumo de las familias y el surgimiento de la Revolución Industrial.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Chris Tilley: «Introduction», en Chris Tilley et al. (eds.): *Handbook of Material Culture*, Londres, SAGE, 2006, p. 5.

<sup>11</sup> Dominique Poulot: «Une nouvelle histoire de la culture matérielle?», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 44(2), 1997, p. 345.

<sup>12</sup> Entre otros, y como mera aproximación, deben destacarse Neil McKendrick, John Brewer y John H. Plumb: *The Birth of a Consumer Society. The commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, Europa Publications, 1982; Daniel Miller: *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford/Cambridge (MA), Basil Blackwell, 1987; Lorna Weatherill: *Consumer Behaviour and Material Culture in Britain, 1660-1760*, Nueva York, Routledge, 1988; Norman J. G. Pounds: *Hearth and Home: A History of Material Culture*, Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press, 1989; Lorna Weatherill, *Consumer Behavior & Material Culture in Britain, 1660-1760*, Nueva York / Londres, Routledge / Chapman & Hall, 1988; Bill Hillier y Julienne